

CAPÍTULO IX

SOLUCIONES SOCIALISTAS

Las escuelas socialistas sacan una gran ventaja á la liberal, así por la naturaleza de los problemas que se proponen resolver, como por la manera de plantearlos y de resolverlos. Sus maestros se muestran familiarizados, hasta cierto punto, con aquellas especulaciones atrevidas que tienen por asunto á Dios y su naturaleza, al hombre y su constitución, á la sociedad y sus instituciones, al universo y sus leyes. De esta inclinación á generalizarlo todo, á considerar las cosas en su conjunto, á observar las disonancias y las armonías generales, procede una más grande aptitud en ellos para entrar y salir, sin perderse, en el laberinto intrincado de la dialéctica racionalista. Si en la gran contienda que tiene como en suspenso al mundo no hubiera otros combatientes sino los socialistas y los liberales, ni la batalla sería larga ni dudosa la victoria.

Todas las escuelas socialistas son desde el punto de vista filosófico, racionalistas; desde el punto de vista político, republicanas; desde el punto de vista religioso, ateas. Por lo que tienen de racionalistas se asemejan á la escuela liberal, y se distinguen de ella por lo que tienen de ateas y de republicanas. La cuestión consiste en averiguar si el racionalismo va á parar lógicamente al punto en que la escuela liberal hace alto ó al término en que descansan las escuelas socialistas. Reser-

vando para más adelante el examen de esta cuestión por lo relativo al punto de vista político, nos ocuparemos aquí principalmente del punto de vista religioso.

Considerada bajo este aspecto la cuestión, es cosa clara que el sistema en virtud del cual se concede á la razón una competencia omnímota para resolver por sí y sin ayuda de Dios todas las cuestiones relativas al orden político, al religioso, al social y al humano, supone en la razón una soberanía completa y una independencia absoluta. Este sistema lleva consigo tres negaciones simultáneas: la de la revelación, la de la gracia y la de la providencia; la de la revelación, porque la revelación contradice la competencia omnímota de la razón humana; la de la gracia, porque la gracia contradice su independencia absoluta; la de la providencia, porque la providencia es la contradicción de su soberanía independiente. Pero estas tres negaciones, si bien se mira, se resuelven en una: la negación de todo vínculo entre Dios y el hombre; como quiera que si el hombre no está unido á Dios por la revelación, por la providencia y por la gracia, no está unido á Dios de ninguna manera.

Ahora bien: afirmar esto de Dios y negarle, es una misma cosa. Afirmarle dogmáticamente después de haberle despojado dogmáticamente de todos sus atributos, es una contradicción reservada á la escuela liberal, la más contradictoria entre las racionalistas. Por lo demás, esta contradicción, lejos de ser accidental, es esencial en esta escuela, la cual, por cualquiera lado que se la mire, es un compuesto exótico de palmarias contradicciones. Eso mismo que hace con Dios en el orden religioso, hace en el político con el Rey y con el pueblo. La escuela liberal tiene por oficio proclamar las existencias que anula, y anular las existencias que proclama. Ninguno de sus principios deja de ir acompañado del contraprin cipio que le destruye. Así, por ejemplo, proclama la Monarquía, y luego la responsabilidad ministerial, y, por consiguiente, la omnipotencia del Ministro responsable, contradictoria de la Monar-

quía. Proclama la omnipotencia ministerial, y luego la omnipotencia soberana, en materias de gobierno, de las Asambleas deliberantes, la cual es contradictoria de la omnipotencia de los Ministros. Proclama la soberana intervención en los asuntos del Estado de las asambleas políticas, y luego el derecho de los colegios electorales para fallar en última instancia, el cual es contradictorio de la intervención soberana de las Asambleas políticas. Proclama el derecho de supremo arbitraje que reside en los electores, y luego acepta más ó menos explícitamente el supremo derecho de insurrección, contradictorio de aquel arbitraje pacífico y supremo. Proclama el derecho de insurrección de las muchedumbres, lo cual es proclamar su soberana omnipotencia, y luego da la ley del censo electoral, lo cual es condenar al ostracismo á las muchedumbres soberanas. Y con todos estos principios y contraprin cipios, se propone una sola cosa: alcanzar á fuerza de artificio y de industria un equilibrio que nunca alcanza, porque es contradictorio de la naturaleza de la sociedad y de la naturaleza del hombre. Sólo para una fuerza no ha buscado la escuela liberal su correspondiente equilibrio: la fuerza corruptora. La corrupción es el dios de la escuela; y como Dios, está á un tiempo mismo en todas partes. De tal manera ha combinado las cosas la escuela liberal, que donde ella prevalece, todos han de ser forzosamente corruptores ó corrompidos; porque en donde no hay ningún hombre que no pueda ser César ó votar al César ó aclamar al César, todos han de ser, ó Césares ó pretorianos. Por esta razón, todas las sociedades que caen debajo de la dominación de esta escuela, mueren de una misma muerte. todas mueren gangrenadas. Los Reyes corrompen á los Ministros prometiéndoles la eternidad; los Ministros á los Reyes prometiéndoles el ensanche de su prerrogativa. Los Ministros corrompen á los representantes del pueblo poniendo á sus pies todas las dignidades del Estado; las Asambleas á los Ministros con sus votos; los elegidos trafican con su poder, los electores con su influencia; todos corrompen á las muchedumbres con

sus promesas, y las muchedumbres á todos con bramidos y amenazas.

Volviendo á anudar el hilo de este discurso, diré que cuando las escuelas socialistas niegan la existencia de Dios, que viene afirmada por la escuela liberal, no hacen otra cosa sino ser más lógicas que la liberal y más consecuentes. Y sin embargo de esto, distan mucho de serlo, tanto en su línea, como lo es en la suya la escuela católica. La escuela católica afirma á Dios con todos sus atributos, con una afirmación dogmática y soberana; las socialistas al revés, aunque vienen á negarle en definitiva, ni le niegan del mismo modo, ni le niegan por unas mismas razones, ni le niegan resueltamente. Consiste esto en que el hombre más intrépido se sobrecoge de espanto al afirmar que no hay Dios, de una manera absoluta. Cualquiera diría que, al llegar aquí, teme el hombre no poder pasar de aquí, y que se desplome el cielo sobre el blasfemador y su blasfemia. Los unos le niegan diciendo:—Todo lo que existe es Dios, y Dios es todo lo que existe;— los otros, afirmando que la humanidad y Dios son cosas idénticas: entre ellos hay algunos que aseguran que en la humanidad hay dualismo de fuerzas y energías, y que el hombre es el representante de ese dualismo. Los que son de este sentir, distinguen en el hombre las fuerzas reflexivas y las energías espontáneas; la verdadera humanidad está en las primeras, y la divinidad verdadera en las segundas. Por este sistema, Dios no es ni todo lo que existe ni la humanidad; Dios es la mitad del hombre. Otros son de otro parecer, y niegan que Dios sea hombre ó parte del hombre, que sea la humanidad ó que sea el universo, y se inclinan á creer que es un Ser sujeto á encarnaciones diferentes y sucesivas; que dondequiera que hay una gran influencia ó una grandiosa dominación, allí está Dios encarnado: Dios se ha encarnado en Ciro, y en Alejandro, y en César, y en Carlo Magno, y en Napoleón; se encarnó sucesivamente en los grandes imperios asiáticos, y luego en el macedónico, y después en el romano; al principio fué el Oriente, y después el

Occidente. El mundo cambia de semblante en cada una de estas encarnaciones divinas, y da un paso en el camino del progreso cada vez que, á consecuencia de una nueva encarnación, cambia de nuevo su semblante.

Todos estos sistemas contradictorios y absurdos se han encarnado en un hombre venido al mundo en estos últimos tiempos para ser la personificación de todas las contradicciones racionalistas. Este hombre es M. Proudhón, de quien hemos hecho mérito, y de quien lo haremos muchas veces en el discurso de esta obra. M. Proudhón pasa por el más docto y consecuente de los socialistas modernos: por lo que hace á su doctrina, no cabe duda sino que es superior á la de cuasi todos los racionalistas contemporáneos; por lo que hace á su consecuencia, por las muestras que damos aquí, relativas todas á los problemas que son asunto de este libro, podrán formarse de ella una idea cabal nuestros lectores.

En las *Confesiones de un revolucionario*, M. Proudhón define á Dios de la manera siguiente: "Dios es la fuerza universal, penetrada de inteligencia, que produce, por la conciencia infinita que de sí tiene, los seres de todos los reinos, desde el fluido imponderable hasta el hombre, y que sólo en el hombre llega á reconocerse á sí misma, y á decir:—Yo.—Lejos de ser nuestro Señor Dios el asunto de nuestras investigaciones, ¿cómo se han atrevido los taumaturgos á convertirle en un ser personal, Rey absoluto unas veces, como el Dios de los judíos y de los cristianos, y constitucional otras, como el de los deístas, y cuya providencia incomprensible parece perpetua y únicamente ocupada en desorientar nuestra razón?,"¹

¹ En la segunda edición de las *Confesiones de un revolucionario* (1852), después de las palabras: *Dios es el objeto de nuestro estudio*, se hallan intercaladas estas otras que no estaban en la primera edición de 1849: "Cuanto más profundizamos la naturaleza de los atributos que prestamos á Dios, y según el lado por donde los consideramos, tanto más parece aproximarse ó alejarse de nosotros, hasta el punto de que la esencia de Dios puede ser considerada, ora como la esencia misma del hombre, ó como un antagonista suyo." Cuando el Sr. Proudhón añadía estas palabras á su primitivo texto, seguramente había leído ya la obra del Sr. Donoso, según resulta de una nota de su libro, sobre la cual hablaremos más adelante. Pero el modo con que Proudhón intenta desvanecer toda contradicción entre sus dos teorías del *Dios-Humanidad* y

Aquí hay tres cosas: primera, afirmación de una fuerza universal, inteligente y divina, que es el panteísmo; segunda, encarnación más excelente de Dios en la humanidad, que es el humanismo; tercera, negación de un Dios personal y de su providencia, que viene á ser el deísmo.

En la obra que intituló *Sistema de las contradicciones económicas*, capítulo VIII, dice así: "Prescindiré de la hipótesis panteísta, que siempre me ha parecido una hipocresía ó una cobardía. Dios es personal ó no existe." Aquí se afirma todo lo que en el texto anterior se niega, y se niega lo que en el texto anterior se afirma. Allí se afirma un Dios panteísta é impersonal; aquí se niegan, como dos cosas igualmente absurdas, la impersonalidad de Dios y el panteísmo.

Más adelante añade en este capítulo: "El verdadero remedio contra el fanatismo no me parece que está en identificar á la humanidad con la divinidad, lo cual no viene á ser otra cosa sino afirmar en economía política el comunismo, y en filosofía el misticismo y el *statu quo*; el verdadero remedio está en demostrar á la humanidad que Dios, si es que existe, es su enemigo." Después de haber dado al traste con su panteísmo y con su Dios impersonal, aquí acaba con el humanismo, que está contenido en la definición del texto. Por otra parte, aquí comienza á revestirse de una forma concreta la teoría de la rivalidad entre Dios y el hombre, de que hemos hecho mérito ya en otro capítulo de este libro.

La condenación del humanismo y la teoría de la rivalidad aparecen más claras en el capítulo IX de la misma obra, en

del Dios antagonista del hombre, no honran, en verdad, su talento. Si la *esencia de Dios* puede ser *considerada* como la *esencia propia del hombre*, ¿cómo se la puede *considerar* también *antagonista*? ¿Cabe por ventura que una *esencia* sea antagonista de sí propia? ¿No se ve claramente que esto no puede ser? ¿Puede la *razón considerar* lo inconcebible, lo contradictorio, lo absurdo? El Sr. Proudhón conoce el valor de los términos que emplea; luego, cuando tales enormidades pronuncia en son de oráculo, quiere evidentemente burlarse de sus lectores. No sabiendo nada, ni de Dios ni del hombre, y desesperado de salir de su ignorancia, quiere al menos explotar la credulidad imbecil de la turba de descreídos toda esa ostentación de impiedad y blasfemias no se encamina sino á engañar á sus lectores, á cubrir con este cínico manto la enfermedad de su razón, y meter ruido.

donde se lee lo que sigue: "Por mi parte (y siento en verdad haberlo de confesar, cierto como estoy de que esta declaración me separa de los más inteligentes entre los socialistas), mientras más pienso en ello, más imposible me es suscribir á esta deificación de nuestra especie, que bien considerada, no es otra cosa, en los ateos de nuestros días, sino el último eco de los terrores religiosos; y la cual, rehabilitando y consagrando el misticismo con el nombre de humanismo, vuelve á poner las ciencias bajo el imperio de las preocupaciones, la moral bajo el imperio de los hábitos, la economía social bajo el imperio del comunismo, ó lo que es lo mismo, de la atonía y de la miseria; y por último, la lógica misma bajo el imperio de lo absurdo y de lo absoluto. Y cabalmente porque me veo obligado á repudiar... esta religión, juntamente con todas las que la precedieron, es por lo que necesito todavía admitir como plausible la hipótesis de un Ser infinito... contra el cual debo luchar hasta la muerte, porque ese es mi destino, como Israel contra Jehová."

Nada queda de la definición de Dios sino la negación de la Providencia; y hasta esa negación desaparece con esta afirmación contraria: "Y véase cómo caminamos á la ventura, conducidos por la Providencia, que nunca nos avisa sino cuando nos hiere." (*Système des contradictions*, cap. III.)

Por lo expuesto se ve que M. Proudhón, recorriendo la escala de todas las contradicciones racionalistas, es ahora panteísta, luego humanista, después maniqueo; que cree en un Dios impersonal, y luego declara monstruosa y absurda la idea de un Dios, si el Dios ideado no es una persona; y por último, que afirma y niega la Providencia al mismo tiempo. En uno de nuestros capítulos anteriores vimos de qué manera, en la teoría maniquea de la rivalidad entre Dios y el hombre, el hombre prudhoniano era el representante del bien, y el dios prudhoniano el representante del mal: ahora veremos de qué manera, según el mismo Proudhón, todo este sistema viene al suelo.